

---

# INFORME A LA SOCIEDAD ALEMANA DE SOCIOLOGIA

Max Weber

---

Profesor Dr. Max Weber (Heidelberg):

Señoras y señores:

El informe\* sobre nuestra Sociedad que se me ha encargado tratará principalmente: I) de las propuestas de modificación de nuestros estatutos que han surgido en el transcurso del pasado año, y II) de las tareas científicas concretas que nos hemos propuesto realizar en un futuro inmediato. Dado el contenido impreciso del término «sociología», haría bien una Sociedad con ese nombre impopular entre nosotros en precisar lo que quiere ser por medio de indicaciones muy concretas sobre su actual constitución y sobre sus próximos objetivos.

Por lo que se refiere al primer punto, quiero mencionar brevemente algunos principios fundamentales que a lo largo del año pasado se han visto recogidos en nuestros estatutos:

1) En primer lugar, un principio sobre el que ya ha hablado el ponente anterior: que esta Sociedad rechaza, por principio y definitivamente,

---

\* (N. del T.) Cfr. en *Verhandlungen des Ersten Deutschen Soziologentages vom 10.-11. Oktober 1910 in Frankfurt a. M.*, S. 39-62, Tübingen: J. C. B. Mohr (Paul Siebeck), 1911.

toda propaganda de ideas en su seno. La Sociedad no es «imparcial» en el sentido de que trate de ser justa con todas las tendencias partidistas, comprenderlas a todas o trazar la «vía del medio» deseada entre valoraciones políticas, político-sociales, éticas, estéticas o de cualquier otra especie, sino en el sentido de que no tiene nada que ver con tales posturas, y que es simplemente apardidista en todos los ámbitos. La existencia, peculiaridad, exigencias y consecuencias de opiniones partidistas de carácter político, estético, literario, religioso o de otro tipo pueden ser, naturalmente, objeto de un análisis puramente objetivo y libre de toda valoración, dirigido al hecho de su existencia, a las razones hipotéticas y reales de la misma, a sus resultados y posibilidades de realización, a sus consecuencias a nivel de «principios» y a nivel «práctico». Pero en ningún caso, como prescribe el § 1 de nuestros estatutos, pueden ser objeto de discusión en nuestra Sociedad los pros y los contras, el valor o la falta de valor de tales opiniones. Si, p. e., la Sociedad organiza una investigación sobre la prensa —sobre la que hablaré más adelante—, según nuestros reglamentos, quedaría establecido que no se pretende, ni remotamente, juzgar el estado de los hechos sobre los que versa la investigación; que no se preguntará si ese estado es deseable o indeseable, y que no se hace otra cosa que constatar la existencia de los hechos y por qué éstos son como son y no de otro modo, y en función de qué razones históricas y sociales.

2) El segundo principio que hemos establecido se refiere a que la Sociedad no ejerce ningún tipo de «academismo». No es una «sociedad de notables», sino más bien lo contrario de cualquier cosa que se parezca a una academia. No puede haber, p. e., irritación por parte de los miembros que no pertenezcan a alguna de las comisiones de la Sociedad, ni tampoco ha de ser considerado como un «honor» —suena algo paradójico— pertenecer a alguna de ellas. Pues esa pertenencia significa solamente que, en ese momento, el conjunto de objetivos de la Sociedad está conformado de modo que los señores que han entrado en esas comisiones, unos porque por propia iniciativa nos han expresado que era su deseo, otros porque se lo hemos pedido, son colaboradores idóneos para la realización de esos objetivos, y cumplen la única condición general para la participación en las comisiones: la de ser conocidos por su trabajo puramente científico, no práctico, en el campo de la sociología y que a ese nivel, lejos de toda disputa partidista, quieren trabajar con nosotros. La Sociedad es una comunidad de trabajo, pero no —lo repito una vez más— algo que pueda parecerse a una «academia». Quien quiera que, en este sentido, desee trabajar con nosotros, puede estar seguro de que será bienvenido.

3) En tercer lugar, hemos establecido el principio de que la Sociedad no ejerce ningún tipo de «patriotismo disciplinar» (*Ressort-Patriotismus*), que no se considera a sí misma como un fin, ni intenta acaparar tareas para sí quitándoselas a otros. Y que, incluso en su propio funcionamiento interno, acata en gran medida el principio de descentralización del trabajo científico.

Esto se manifiesta en nuestros estatutos en que:

I. El peso del trabajo de la Sociedad no se encuentra en las asambleas de sus miembros, sino en las comisiones que ella misma ha constituido para cada objetivo concreto a desarrollar. Estas comisiones, de las cuales la Sociedad sólo elige al presidente y, eventualmente, a alguno de sus miembros —los menos posibles—, tienen completa soberanía sobre su propio ámbito, especialmente en lo que se refiere a la incorporación de nuevos miembros, incluso de personas que no pertenezcan a la Sociedad. Particularmente aquellos que no realizan un trabajo teórico, p. e. en el ámbito de la prensa los editores de periódicos y los representantes del periodismo, sin los que no podríamos trabajar, tienen un sitio en nuestras comisiones, en las que queremos trabajar con ellos en igualdad de condiciones y otorgarles el mismo derecho a voto que a nosotros nos corresponde, y en las que esperamos recibir de ellos sugerencias interesantes para nuestro trabajo.

II. El mismo principio de la descentralización se encuentra también recogido en que, previsiblemente, la Sociedad no se presentará en público en la forma en que lo está haciendo hoy y lo hará en los próximos días, a saber, como una unidad inarticulada que va tratando una serie de temas por medio de ponencias y discusiones. Nuestra intención, más bien, es la de distribuirnos en departamentos. La formación de un departamento de estadística ya ha sido propuesto por el sector de los estadísticos. La Sociedad tiene como principio no tratar de aplicar un esquema relativo a la formación de departamentos, sino, al contrario, dejar que los interesados se constituyan en departamentos según la especialidad temática. La junta directiva negociará con los mismos la posición que, dentro de la Sociedad, habrá de serles reconocida, concretamente en el sentido de concederles tanta autonomía dentro de sus ámbitos específicos como sea imaginable. Por ejemplo, a ellos correspondería enteramente la potestad de incorporar a otros profesionales —y sólo profesionales— del ámbito temático correspondiente, y excluir a aquellos que no puedan ser considerados como tales. También son ellos quienes han de decidir qué trabajos quieren realizar y de qué manera. En próximos congresos de sociología —digamos dentro de año y medio o dos años— veremos, dado que son de esperar propuestas semejantes por parte de otros interesados, cómo varios departamentos tendrán que llevar a cabo sus sesiones paralelamente. Quizás habrá un departamento de economía política teórica, en el que los teóricos y nadie más celebrarán sus sesiones; un departamento de estadística, en el que los estadísticos, los estadísticos de profesión y nadie más, discutirán sobre los problemas de su especialidad, naturalmente con la facultad de incorporar, si lo desean, a quienes se interesen por sus discusiones, pero, si así lo quieren, limitando la participación activa en las mismas a los expertos en la materia. La Sociedad desarrollará sus asambleas como en la presente ocasión, pero limitándose a algunos pocos temas de gran amplitud, prepara-

dos, si es posible, en base a publicaciones y trabajos de la Sociedad, pues la Sociedad centrará el peso de su actividad del lado de las publicaciones.

Hablaré ahora del tipo de objetivos que se propondrá la Sociedad. Estos serán publicaciones de investigaciones dirigidas por colaboradores profesionales, con la participación de todo el que quiera trabajar con nosotros y dedicarse a la investigación sin más. Se comprende que lo que yo ahora les voy a exponer tiene un notorio carácter de esbozo, si quieren, un carácter folletinesco. Pues, señores, justamente la formulación del problema científico a abordar es la tarea científica decisiva.

Pues bien, señores, el primer tema que la Sociedad ha considerado apropiado para dedicarle una investigación científica es el de una sociología de la prensa. Un tema enorme, como todo el mundo sabe, un tema que no sólo exigirá importantes medios materiales para los trabajos preparatorios, sino que es imposible tratar técnicamente si los círculos más destacados entre los propios afectados dentro del mundo de la prensa no acogen con toda confianza y voluntad de cooperación la investigación. Queda excluida toda posibilidad de éxito, si topamos con la sospecha por parte de los editores y de los periodistas de que nuestra Sociedad pretende hacer algún tipo de crítica moralizante al estado actual de los hechos, repito, queda excluida toda posibilidad de que en ese caso alcancemos nuestro objetivo, pues es imposible que lo consigamos si ellos se niegan a proveernos de material. Será objeto de la actividad de la comisión que se constituirá para ello ganarse la colaboración de los profesionales de la prensa. Por un lado, la de los teóricos, que hoy existen en gran número (tenemos ya espléndidas publicaciones en este ámbito, entre las que me permito destacarles el libro de Löbl\* porque es menos conocido de lo que se merece), así como la de los que se dedican a hacer posible la existencia de la prensa con su praxis. Tenemos la esperanza, a tenor de las conversaciones mantenidas hasta ahora, de que cuando nos dirijamos, que será dentro de poco tiempo, tanto a las grandes empresas periodísticas como a las asociaciones de editores y de redactores nos encontremos con esa voluntad de cooperación. De no ser así, la Sociedad prescindiría de una publicación antes de organizar una de la que previsiblemente no vaya a salir nada.

Señores, decir algo aquí sobre la enorme importancia de la prensa no tiene ningún sentido. Caería más bien bajo sospecha de adulación a los representantes de la prensa, tanto más por cuanto que lo que sobre ella han dicho autoridades superiores es inmejorable. Aunque la prensa haya sido comparada con generales en activo —comparación hecha, ciertamente, por la prensa extranjera—, todos sabemos que en Alemania ya no hay a este respecto nada puramente terrenal, siendo necesario recurrir al ámbito

---

\* (N. del T.) Se refiere, probablemente, a Emil LÖBL, *Kultur und Presse*, Leipzig: Duncker & Humboldt, 1903.

supraterrenal para encontrar comparaciones. Les quiero llamar la atención únicamente sobre este punto: eliminen mentalmente la existencia de la prensa e imagínense cómo sería la vida moderna sin esa forma de publicidad que la prensa consigue. La vida en la Antigüedad, respetable público, tuvo también su dimensión pública. Con espanto contemplaba Jakob Burckhardt la publicidad de la vida de los helenos, que abarcaba la total existencia del ciudadano ateniense hasta en sus momentos más íntimos. Esta publicidad no existe hoy en día de ese modo, y es, pues, interesante preguntarse: ¿cómo es la publicidad de nuestros días, y cómo será la del futuro?; ¿qué es lo que publican los periódicos y qué no? Si hace ciento cincuenta años el parlamento inglés obligó a los periodistas a suplicar de rodillas ante las puertas del parlamento a causa del *breach of privileg* cuando querían informar sobre sus sesiones, y hoy obliga la prensa a los diputados a ponerse de rodillas con la simple amenaza de no publicar sus discursos, se concluye que, evidentemente, tanto el sentido del parlamentarismo como la posición de la prensa han cambiado. Y también habrá diferencias locales, como p. e. en el hecho de que hasta hace poco había en América bolsas de valores cuyas ventanas eran de cristal traslúcido para que no pudieran ser transmitidas hacia fuera, ni aun por señas, las fluctuaciones del índice bursátil, y, por otro lado, vemos que casi todas las peculiaridades esenciales en la forma de la composición de los periódicos están influidas en parte por la necesidad de tener en cuenta esas fluctuaciones en el curso del mercado de valores. No nos preguntamos, pues, dense cuenta, qué es lo que debe publicarse. Sobre ello hay un amplio abanico de opiniones, como todo el mundo sabe. Es, naturalmente, interesante establecer qué opiniones existen hoy sobre el particular, cuáles existían antes y quiénes eran sus portadores. También esto entra dentro de nuestro campo de trabajo, pero nada más que esta constatación fáctica. Todo el mundo sabe que, p. e., en Inglaterra existe una opinión general al respecto diferente a la que existe en Alemania, que se puede ver en que si un lord inglés se casa con una americana, en la prensa de ese país no tarda en aparecer una descripción minuciosa de los rasgos físicos y psíquicos de la interfecta y de todo lo que sea pertinente, incluida la dote, naturalmente, mientras que según las concepciones dominantes en nuestro país, un periódico que tenga un mínimo de respeto de sí mismo tendría que hacer caso omiso de todo esto. ¿De dónde provienen estas diferencias? Si para el caso de Alemania hemos de constatar que los más serios esfuerzos por parte precisamente de los más serios representantes del mundo de la prensa están dirigidos a excluir de la publicidad de los periódicos las cosas puramente personales (¿por qué razones y con qué resultados?), hemos de constatar también que, por otra parte, un periodista de ideas socialistas como Anton Menger mantenía que en el estado del futuro la prensa tendría, por el contrario, el deber de acoger en su foro aquellas cosas que no pudiesen ser presentadas al tribunal de lo penal, asumiendo así la antigua función de censor. Merece la pena

poner de manifiesto las visiones del mundo que son el fundamento de una y otra tendencia. Nuestra tarea se limitaría, ciertamente, a ponerlas de manifiesto, sin pretender adoptar una postura al respecto.

Habremos de investigar las relaciones de poder que originan esa específica publicidad que se da en la prensa. En el caso de logros científicos es ésta de menor importancia que la concedida a eventos teatrales mucho más efímeros, y es particularmente grande cuando se trata de conversaciones «bajo cuerda». En cierto sentido es el crítico de teatro y de literatura la persona que más fácilmente puede consagrar o destruir existencias individuales. En cada sección del periódico, empezando por la política, es distinta esta relación de poder. Las relaciones de los periódicos con los partidos en nuestro país o en cualquier otro, las relaciones con el mundo de los negocios, con los innumerables grupos que influyen en la opinión pública y que a la vez se ven influidos por ella: todo ello constituye un inmenso campo de trabajo sociológico que hoy se halla en los comienzos. Pero volvamos al verdadero punto de arranque de la investigación.

Si nos acercamos sociológicamente a la prensa vemos que el hecho de que la prensa sea hoy, necesariamente, una empresa privada, capitalista, es fundamental para toda discusión teórica. Más aún, al contrario que en cualquier empresa capitalista, la prensa tiene una posición completamente peculiar por cuanto tiene dos tipos de clientes absolutamente distintos: los unos son los compradores de periódicos, bien por abono o por adquisiciones puntuales —una diferencia cuyas consecuencias dan a la prensa de toda una serie de países rasgos decisivamente distintos—; los otros son los anunciantes, y entre esos círculos de clientes se dan las interrelaciones más peculiares. Es ciertamente importante, p. e., de cara a la cuestión de si un periódico tendrá muchos anunciantes el que tenga o no muchos abonados, y, en menor medida, también viceversa. Pero no sólo es la importancia de los anunciantes en el presupuesto de un periódico, como se sabe, mayor que la de los abonados, sino que, formulado de otro modo, un periódico no tiene nunca demasiados anunciantes, pero sí puede tener —al contrario que cualquier otro vendedor de mercancías— demasiados compradores si no se halla en disposición de subir el precio por anuncio para cubrir los gastos originados por una creciente expansión de la tirada. Este es un serio problema para determinado tipo de diarios y tiene generalmente como consecuencia que a partir de una determinada tirada el periódico prefiera estabilizarse a seguir ampliando su círculo de lectores, por lo menos mientras se siga encontrando con dificultades para subir el precio de los anuncios. Esta es una peculiaridad de la prensa de carácter puramente económico que, naturalmente, tiene las más variadas consecuencias. El grado y modo de conexión entre la prensa, que, no lo negamos, quiere educar e informar objetivamente a su público tanto en política como en otras materias, y las necesidades de anunciarse por parte de las empresas que se manifiestan en el fenómeno publicitario, son enormemente diferentes de

país a país, especialmente si nos fijamos en el caso de Francia en relación con Alemania. ¿Por qué? ¿Con qué consecuencias? Estas son cuestiones que, aunque ya hayan sido tratadas a menudo, debemos considerar de nuevo, pues sólo se ha llegado a acuerdos parciales al respecto.

Però sigamos adelante. Una característica de las empresas periodísticas de hoy en día es la creciente necesidad de capital. La cuestión hoy vigente es la de saber en qué medida esa creciente necesidad de capital se traduce en una progresiva monopolización de las empresas existentes. También podría ser que este proceso varíe según las circunstancias, pues, prescindiendo del efecto de la creciente necesidad de capital, el grado de monopolización de los periódicos existentes es bastante diferente, dependiendo de que sus ventas se basen en un cuerpo de abonados o en compradores puntuales, como sucede en el extranjero, donde cada cual tiene la oportunidad de comprar cada día un periódico distinto al que compró el día anterior, lo que quizás facilite, al menos a primera vista, la aparición de nuevas publicaciones. Ambos aspectos podrían combinarse para responder a la cuestión de si una mayor capitalización tiene como consecuencia una mayor capacidad para moldear la opinión pública, o bien a la inversa, la consecuencia es una mayor sensibilidad de las empresas periodísticas en relación con las oscilaciones de la opinión pública, hipótesis ya afirmada aunque no verificada. Se ha dicho que el visible cambio de opinión de ciertos periódicos franceses, recordemos p. e. el *Figaro* cuando el asunto Dreyfuss, se explica porque la cantidad tan grande de capital invertida en estos periódicos modernos no puede soportar económicamente una opinión contraria por parte de sus lectores, reaccionando con gran nerviosismo y, consecuentemente, en un modo enteramente dependiente del público cuando éste le demuestra sus diferencias de opinión a través de una disminución de las ventas. Aquí habría que tener también en cuenta la facilidad con que el lector francés potencial puede pasarse a la competencia dado el absoluto predominio de las ventas puntuales en relación con las ventas a abonados. Esto significaría que el aumento en la dependencia de la línea editorial respecto de las fluctuaciones diarias de la opinión es una consecuencia de la creciente necesidad de capital. ¿Es esto cierto? Esta es una cuestión que nos habremos de plantear. Ha sido afirmada por algunos profesionales de la prensa —yo no me considero tal— y negada por otros.

Más aún: ¿no estaremos, como consecuencia del aumento de capital en las empresas periodísticas, como suele ocurrir normalmente en casos de creciente necesidad de capital, en una fase de constitución de grandes *trusts*? ¿Qué posibilidades hay de que esto sea así? Señores, esto lo han negado del modo más enérgico representantes de la prensa del más alto rango, tanto teóricos como profesionales del medio. Y, ciertamente, el principal representante de esta opinión, lord Northcliffe, debería ser el mejor informado al respecto, ya que dirige uno de los *trusts* más grandes que existen en el mundo de la prensa. ¿Cuáles serían las consecuencias en

el carácter de los medios informativos si esto ocurriera? El hecho de que el carácter de los periódicos pertenecientes a grandes *trusts* es diferente al de los otros, es algo que salta a la vista.

Bien, basta de ejemplos. Si los he traído a colación ha sido para mostrar hasta qué punto es importante tener en cuenta en nuestra investigación la dimensión económica de los medios de información. La pregunta que debemos hacernos es la siguiente: ¿cómo y en qué medida influye el desarrollo capitalista de este sector en la posición social de la prensa en general y en su papel en la formación de la opinión pública?

Otro problema: el carácter de «institución» que tiene la prensa moderna se pone de manifiesto, en el caso específico de Alemania, en la anonimidad de lo que aparece publicado. Se han dicho innumerables cosas a favor y en contra de la anonimidad de la prensa. Nuestra intención no es adoptar una actitud frente a esta cuestión, sino simplemente preguntar: ¿cómo se explica que en Alemania se dé este fenómeno mientras que en el extranjero —Francia, p. e.— predominan otras tendencias, o que Inglaterra se aproxime más a nosotros? En Francia existe en la actualidad sólo un periódico estrictamente anónimo: el *Temps*. En Inglaterra, por el contrario, periódicos como el *Times* se han mantenido escrupulosamente en la anonimidad. Esto puede tener varias razones. Puede ocurrir —como parece ser el caso del *Times*— que los informadores del periódico sean personalidades tan distinguidas que no les esté permitido dar información públicamente bajo su propio nombre. En otros casos, la anonimidad se debe a razones totalmente opuestas. En definitiva, todo depende de cómo se plantee el inevitable conflicto entre, por un lado, el interés del periodista en darse a conocer lo más posible y, por el otro, el del periódico en no depender demasiado de la colaboración de periodistas afamados. Naturalmente, esta cuestión es diferente dependiendo de que comercialmente predomine la venta puntual o el abono. En esta cuestión juega además un importante papel la idiosincrasia nacional, dependiendo de que, como es el caso en Alemania, se esté dispuesto a acatar más fácilmente todo lo que venga de los poderes institucionales y, por consiguiente, a prestar más atención a la opinión de un periódico que adopte el aire de ser algo «supraindividual» que a la emitida a título personal, o que, por el contrario, se esté libre de este tipo de metafísica. Estas son cuestiones que pertenecen ya al estudio empírico del colectivo de articulistas ocasionales, que presenta en Alemania diferentes características que p. e. en Francia o Inglaterra, donde constituye un fenómeno más generalizado. La cuestión es, pues, ésta: ¿quién escribe artículos desde fuera del mundo de la prensa profesional y sobre qué?; ¿y quién no y sobre qué no?; ¿y por qué no?

Estas cuestiones nos llevan a un planteamiento más general: ¿cómo consigue la prensa el material informativo que ofrece al público? ¿Y qué es lo que, en resumidas cuentas, le ofrece? La creciente importancia que en

Alemania concedemos a la pura descripción de hechos, ¿es un fenómeno de carácter general? Este parece ser el caso en Inglaterra, EE.UU. y Alemania, pero no en Francia: el francés quiere, preferentemente, periódicos de marcada tendencia. ¿Por qué? El americano, p. e., no pretende sacar nada del diario que habitualmente lee que no sean *facta*. No cree que valga la pena leer las interpretaciones que sobre ellos se publiquen, pues como demócrata está convencido de poder entender el asunto igual de bien o mejor, si cabe, que el que las ha escrito. El francés, sin embargo, también se considera un demócrata. ¿Por qué, pues, esta diferencia? Sea como fuere, la función social del periódico es totalmente distinta en cada caso.

Dado que conseguir noticias para la prensa, al margen de las diferencias arriba mencionadas, no sólo supone en todos los países una carga cada vez más pesada para el presupuesto de las empresas periodísticas, sino que el servicio de proporcionar noticias a la prensa adquiere cada vez un mayor protagonismo por sí mismo, la cuestión es, en definitiva, cuál es la fuente última de esas noticias. Con lo que se llega al problema del papel de las grandes agencias de noticias y de las relaciones internacionales entre ellas. Aunque ya hay trabajos sobre esto, lo más importante queda por hacer. Las corrientes de opinión que se han ido constituyendo sobre esta cuestión están en una gran parte enfrentadas entre sí, por lo que tener acceso de un modo objetivo a un material empírico más amplio del que se disponía hasta ahora será una cuestión importante.

Mientras no se saturen los periódicos, sea con noticias, sea con productos elaborados en serie con el mismo cliché —hay, p. e., producciones masivas que llenan los periódicos, como la sección de deportes o la de pasatiempos—, aún quedará algo de lo que hoy consideramos un verdadero trabajo periodístico y que, al menos en Alemania, a diferencia de otros países, es de fundamental importancia para la valoración de cada periódico. En este aspecto no nos conformaremos con observar el producto periodístico concreto, sino que alabaremos a sus productores y nos preguntaremos por el destino y la situación del estamento profesional de los periodistas. El destino, p. e., del periodista alemán no coincide con el de sus colegas extranjeros. En Inglaterra, tanto periodistas como empresarios del mundo de la prensa han llegado, bajo ciertas circunstancias, a formar parte de la «Cámara alta», hombres, después de todo, cuyo único mérito había sido, frecuentemente, haber creado, como hombres de negocios, un periódico brillante afín a su tendencia política. En Francia, los periodistas han llegado a ser ministros, y no excepcionalmente. En Alemania, por el contrario, esto sería una rara excepción. Al margen de estas notables características que se observan a primera vista, nos preguntaremos por la evolución que han sufrido en los últimos tiempos las condiciones generales de existencia del periodismo profesional en diversos países.

¿Cuál es el origen y cuál es la vía usual de aprendizaje profesional de un periodista y qué se le habrá de exigir después profesionalmente? ¿Cuál es

el destino profesional del periodista alemán en comparación con el periodista extranjero? ¿Cuáles son, por último, hoy en día sus posibilidades de vida laboral, aun fuera de su ámbito profesional en Alemania y en otros lugares? La situación general de los periodistas, prescindiendo de otras consideraciones, es diferente también según la tendencia partidista o el carácter del periódico, como todo el mundo sabe. La prensa socialista, p. e., es un fenómeno particular, que debe ser tratado especialmente, al igual que los redactores socialistas. Esto vale también, y sobre todo, para la prensa católica y sus redactores.

Por último, ¿qué efectos tiene ese producto en el que confluyen diversos procesos que habremos de investigar antes de que se pueda poner a la venta en los kioscos matutinos? Sobre esta cuestión existe una amplia bibliografía que, aunque es muy valiosa y procede de distinguidos especialistas, refleja una profunda división de opiniones. Señores, como es sabido, se ha intentado investigar los efectos de la prensa en el cerebro, tratando de esclarecer cuáles podrían ser las consecuencias de ese hábito del hombre moderno consistente en, antes de ir a trabajar, prepararse un «guiso» con todo lo que va «cazando» por los diferentes ámbitos de la moderna civilización, desde la política hasta el teatro pasando por todo lo demás. Que esto no es algo indiferente se ve a simple vista. También se puede decir fácilmente alguna generalidad sobre hasta qué punto este fenómeno encaja con otras influencias a las que está expuesto el hombre moderno, pero, más allá de estas primerísimas consideraciones, el problema ya no es tan sencillo.

Tendremos que partir de esta cuestión: ¿cómo influye el periódico en la forma de leer del hombre moderno? Para responder a esto se han construido todo tipo de teorías. Se ha dicho que el periódico acabará con el libro. Es posible. La edición de libros en Alemania está viviendo, desde el punto de vista cuantitativo, un florecimiento como en ningún otro país del mundo. En ninguna otra parte se sacan tantos libros al mercado. Sin embargo, las cifras de ventas de esos libros siguen un curso inversamente proporcional. En Rusia había antes de la introducción de la libertad de prensa tiradas de 20.000 y 30.000 ejemplares de libros tan increíbles (dicho sea con respeto hacia Anton Menger) como su *Neue Sittenlehre* (Nuevo tratado de moral). Había también revistas muy leídas que, por lo general, buscaban basar su peculiaridad en fundamentos filosóficos «últimos». Esto sería imposible en Alemania y lo será también en Rusia en virtud de la libertad de prensa, como ya muestran algunos indicios. Son cambios importantes los que la prensa efectúa en los hábitos de lectura y con ello en la impronta que el hombre moderno recibe del medio cultural. El continuo cambio de la opinión pública y el conocimiento del mismo, así como de todas las posibilidades universales e inagotables de criterios y de intereses, son una carga de enorme peso sobre el modo específico de ser del hombre moderno. ¿Con qué consecuencias? Esto será un tema a investigar, que ahora no

puedo tratar detalladamente, por lo que cierro la exposición con una última observación.

Habremos de investigar la prensa, por último, en este punto: ¿cuál es su contribución a la impronta del hombre moderno? En segundo lugar, ¿cómo se ven afectados los bienes culturales objetivos y supraindividuales, qué modificaciones sufren, qué cantidad de creencias y esperanzas de las masas quedan eliminadas y cuáles son las nuevas que aparecen, qué formas de «sentir» la vida (*Lebensgeföhle*) —como se dice hoy—, y cuántas posibles actitudes habrán de desaparecer y de surgir? Estas son las cuestiones últimas que habremos de plantearnos, y ustedes habrán podido comprobar, señores, que el camino para encontrar la respuesta es extraordinariamente largo.

Se preguntarán dónde se encuentra el material para empezar las investigaciones. Como éste lo constituyen los propios periódicos, empezaremos, hablando claro, del modo más elemental: midiendo «con la vara y el compás» cómo se ha ido modificando el contenido de los periódicos desde un punto de vista cuantitativo en el curso de la última generación, constataando qué ha desaparecido y qué aspectos nuevos han surgido en la sección de publicidad, en el «folletín», en el editorial y en las noticias, pues estas secciones han sufrido cambios de gran importancia. Aunque ya existen investigaciones al respecto, están tan sólo en los comienzos. A continuación pasaremos de estas observaciones cuantitativas a las cualitativas. Nos fijaremos en el modo en que se ha producido la estilización del periódico, en el modo en que los mismos problemas son debatidos dentro y fuera de la prensa, y, por último, en la aparente contención de las emociones en el lenguaje periodístico, aunque éstas constituyan, sin embargo, la base de la existencia de los diferentes periódicos, entre otras cosas. Después podremos aspirar, por fin, a dar respuesta a las cuestiones más profundas que constituyen el objetivo último de nuestra investigación.

Ahora, señores, les haré un breve bosquejo de dos áreas de problemas que la Sociedad tiene también intención de abordar.

Este segundo tema, forzosamente, tendré que formularlo muy ampliamente, a saber: que una tarea fundamental de toda Sociedad de Sociología es la de constituir como objeto de sus actividades a aquellas formaciones a las que convencionalmente se denomina como «sociales», es decir, todo aquello que ocupa una posición intermedia entre los poderes políticamente organizados o reconocidos (Estado, municipio e Iglesia oficial), por una parte, y, por otra, la comunidad natural de la familia. Es decir, y sobre todo, una Sociología de las entidades asociativas, en el sentido más amplio de la palabra. Comenzando por el club de bolos, para decirlo en términos expresivos, hasta llegar al partido político y a la secta religiosa, artística o literaria.

Incluso un tema de tal enormidad, señores, puede dividirse bajo los más variados puntos de vista en los más variados planteamientos. Querría mencionar, al menos, algunos de ellos.

El hombre de nuestros días es, indiscutiblemente, un hombre de club —entre otras muchas cosas—, en un grado nunca imaginado. Y uno no tiene más remedio que creerlo desde que se han constituido, lo que ya es el *no va más*, «organizaciones para la disolución de asociaciones»\*.

En esto Alemania tiene un estándar muy alto. Se puede comprobar con cualquier guía de calles que incluya aunque sólo sea aproximadamente todas las asociaciones, cosa que por lo general no es así, de hecho casi nunca (por ejemplo, en Berlín está del todo incompleto; en pequeñas ciudades, por el contrario, suele estar mejor), que en algunas ciudades de 30.000 habitantes existen 300 asociaciones distintas, es decir, una por cada 100 habitantes, o lo que es lo mismo, una asociación por cada 20 cabezas de familia.

Pero, señores, la importancia cualitativa y la expansión cuantitativa no siempre van a la par. ¿Qué país, cualitativamente considerado, es el país *par excellence* de las asociaciones? América, sin duda alguna, por la sencilla razón de que pertenecer a una asociación cualquiera forma parte allá, para la clase media, de la acreditación inmediata como *gentleman*. Más exactamente, formaba parte, puesto que ahora todo esto se está europeizando. Un par de expresivos ejemplos: un otorrino alemán me contó que su primer cliente en Cincinnati le dijo antes de comenzar con el tratamiento: «Soy miembro de la primera Iglesia Baptista en la calle tal y tal». Qué tuviese esto que ver con una enfermedad nasal, no lo pudo entender entonces el médico. Pues bien, no significaba otra cosa que «soy un *gentleman* de primera y pago bien y al contado». El segundo que fue a su consulta le señaló, de primeras, una especie de escarapela de la Legión de Honor en el ojal. El médico recabó información y se enteró de que se trataba de un club determinado en el que uno era elegido por balotaje tras averiguaciones escrupulosas sobre la persona. Si uno era miembro, estaba ya acreditado como *gentleman*. Este tipo de clubs y asociaciones de toda especie se encuentran masivamente extendidos entre la burguesía, y hoy día tienen cada vez más carácter mundano. Con todo, el tipo originario de toda entidad asociativa, esto es lo que se puede comprobar precisamente en América, es la secta, en el sentido específico de la palabra. Si esto es algo puramente histórico, es aquí indiferente, pero a nivel conceptual es fundamental. La secta es, según su propio sentido, una agrupación de hombres específicamente cualificados, y no una «institución», puesto que rechaza, de acuerdo con el principio sociológico de su estructura, la sanción de entidades autoritarias de coerción (Estado, Iglesia), por lo que «tiene» que ser una «asociación». Por esa razón, en América desempeña frecuentemente, todavía hoy día, la función de extender, por decirlo así, el certificado de calificación moral para el hombre de negocios. Así, por ejemplo, antes de

---

\* (N. del T.) Textualmente, «*Vereins-Enthebungs*»-*Organisationen*. No sé a qué se refiere exactamente. Bien puede tratarse de una exageración irónica.

que los baptistas admitan a alguien le someten a una prueba, que recuerda la nuestra para los oficiales de la reserva, y que abarca todo su pasado: frecuentación de tabernas, relaciones con las damas, juegos de cartas, cheques y, en fin, todas aquellas cosas no pagadas de la «conducta» personal, antes de poder recibir el bautismo. En cuyo caso, el bautizado está legitimado incondicionalmente como persona digna de crédito, y hace buenos negocios. Otras asociaciones tradicionales americanas, aunque no tan rigurosamente, actúan de modo parecido, y con semejantes consecuencias. De modo muy similar funcionaba también entre nosotros la masonería, de lo que uno se puede convencer fácilmente viendo las actas de archivos masónicos, y con todo, aún más en América. Como me dijo una vez un señor allá que se quejaba mucho de que por motivos espúreos no había podido conseguir el grado de maestro\*, cuando le pregunté que por qué era tan importante para él, dijo: «si soy maestro y como tal puedo presentarme en mis viajes de negocios con mi distintivo secreto, me gano a todos los clientes y vendo toda la mercancía, ya que cualquiera supondrá que ofrezco mercancía de primera clase a precio aceptable. Porque si no lo hubiera hecho nunca comprobadamente, los masones no me admitirían en su seno». Así sucede, en general, en la vida social en América. Quien no entra en ella (como, por ejemplo, el germano-americano, que rara vez tiene la suerte de entrar), no llega muy lejos. La democracia en América no es un montón de arena, sino una maraña de sectas exclusivistas, asociaciones y clubs, que sustentan la selección de los que se han adaptado, en general, a la vida americana; la sustentan ayudándoles a adquirir maestría en los negocios, en la política y, en general, toda suerte de maestría en la vida social. Y aquí, ¿cuál es la situación? ¿Se encuentran analogías con la situación de allá? Y si es así, ¿de qué tipo y de qué magnitud? ¿Dónde? ¿Y con qué consecuencias? ¿Dónde no se encuentran? ¿Por qué no? Esto es el lado exterior del asunto.

La segunda pregunta: ¿de qué modo influye interiormente la pertenencia a una clase determinada de asociación, esto es, en la personalidad como tal? Se puede decir en general que quien pertenece a una asociación, ya sea p. e. a una agrupación estudiantil en Alemania, ya a una *Greek Letter Society* u otro club estudiantil en América, éste tiene que «afirmarse» ante sus camaradas de asociación, tanto en el sentido superficial como en el profundo de la palabra. La cuestión está en saber por medio de qué uno se puede afirmar. En el caso propuesto depende p. e. de cuál sea el ideal específico de «hombría» que se cultive, bien consciente e intencionadamente, o bien inconsciente y tradicionalmente dentro de una agrupación estudiantil alemana, por una parte, y de un club deportivo inglés o de una asociación estudiantil americana, por otra. Las condiciones para conquistar la estima de los camaradas difieren, naturalmente, de manera fundamental. General-

\* (N. del T.) Grado de Maestro Venerable, rango de la jerarquía de algunas sectas masónicas.

mente difieren no sólo según las respectivas naciones, sino también según las diferentes capas sociales, y según las categorías de las asociaciones. Sin embargo, el individuo va a ser seleccionado, consciente o inconscientemente, conforme a este ideal, y así será moldeado. Se trata, entonces, ya no sólo de la cuestión de si conquista la estima exterior de los camaradas. Lo que, en último término, habremos de preguntarnos en todo momento es cómo hace el individuo, expuesto a estos influjos, para prevalecer ante su propia autoestima y ante su propia exigencia por ser «alguien». ¿Qué actitudes interiores, importantes para el equilibrio de lo que llamamos «personalidad» y para la necesaria reconstrucción de ésta sobre una nueva base, se desplazan? Pues con tales cuestionamientos de orden interno se realiza, sin duda, la absorción de las influencias de tales sistemas sociales en los que el individuo es introducido, la integración de estas influencias en el ámbito del propio «Yo». Y el sentimiento de la propia «dignidad» puede trasladarse hacia posturas esencialmente distintas.

Prosigamos. Toda asociación a la que uno pertenece expresa una relación de dominación entre seres humanos. En primer término, formal y oficialmente, al menos por regla general, una relación de dominación de carácter mayoritario. Por eso mismo, la psicología de este dominio de la mayoría sobre el individuo concreto es la que, en definitiva, se cuestiona y la que se expresa y actúa en la base de estas asociaciones privadas de manera muy específica. Pero aquí solamente trataré el punto decisivo, a saber, que dentro de cualquier gremio, llámese éste como se quiera —partido, asociación, club o lo que sea—, en general siempre es una minoría la que, *de facto*, ejerce la dominación, siendo a menudo una dictadura de uno o varios miembros capacitados de algún modo para ello por vía de la selección y adaptación a las tareas directivas, y en cuyas manos está el poder de hecho en el interior de la asociación.

De qué modo, pues, bajo qué condiciones (casi diría qué «reglas de juego») se lleva a cabo esta selección de dirigentes dentro de las categorías respectivas, de asociaciones, de partidos o lo que sean, es algo decisivo para saber qué tipo de personalidades son las dominantes. Y esto se habrá de responder, a su vez, dependiendo del tipo concreto de asociación y de las condiciones culturales del entorno, respectivamente. Esta es una cuestión sociológica de importancia central. No de menor importancia lo es la siguiente, que está conectada con la primera: ¿de qué medios se sirven los grupos dirigentes para tratar de asegurarse la lealtad a la asociación, esto es, a su propia dominación? Sobre esta cuestión hay ya algunos estudios preliminares de importancia<sup>1</sup>.

Sigamos preguntando: ¿qué clase de relaciones se dan entre una asociación de cualquier tipo (y de nuevo, como ya dijimos, abarcando desde el partido hasta llegar al club de bolos —por paradójico que seguramente suene—), esto es, entre una asociación cualquiera y eso que llamamos

<sup>1</sup> Se hace alusión aquí, expresamente, a los estudios del profesor G. A. Leist.

«visión del mundo» (*Weltanschauung*), en el sentido más amplio de la palabra? Por doquier está presente este tipo de relación, de algún modo u otro, incluso allí donde nadie lo iría a suponer. Pero, sin embargo, de muy diferente manera. Por de pronto, es un fenómeno común el que asociaciones cuyo punto de partida fueron grandes cosmovisiones se conviertan en mecanismos que, en la práctica, se independizan progresivamente de ellas. Esto radica, sencillamente, en el «carácter trágico» general (como se suele decir) de todo intento de realización de ideas en la realidad. Es propio de toda asociación tener algún aparato (ya sea el más modesto) que, tan pronto como la asociación comienza a darse a conocer, se tecnifica de un modo u otro y empieza a ser ocupado por profesionales. Piensen ustedes que en un campo de problemas peliagudos y delicados como es el de la vida erótica, para servirme de un ejemplo burdo, la propaganda de ideas puede llegar a constituir, hoy en día, un modo de ganarse la vida. No digo esto aquí en tono de reproche moral para con aquellas personas implicadas, y mucho menos me considero autorizado para ello, a pesar de que tantos profesores consideren como tarea propia la propaganda de sus ideas políticas subjetivas, o de otra índole, desde sus cátedras. Pero es un hecho, naturalmente, de consecuencias de muy amplio alcance, que la propagación de tales ideas pueda llegar a ser la base de los medios materiales de existencia, cuando se ha alcanzado ese estadio específico de cosificación. Por supuesto, esas consecuencias serán diferentes según la clase y el carácter de los ideales.

Por otra parte, señores, casi toda asociación, incluso la que quiera evitarlo por principios, atrae hacia sí, de alguna manera, contenidos afines a su «visión del mundo». En cierto sentido, podríamos considerar que esto es verdad incluso para un club de bolos alemán y, aún en mayor medida, para una asociación coral alemana. El florecimiento de las agrupaciones corales en Alemania, señores, siguiendo con el ejemplo, tiene efectos considerables incluso en campos insospechados, como p. e. en el político. Un hombre que está acostumbrado diariamente a dejar salir, a través de la laringe, de lo profundo de su pecho intensas sensaciones sin relación alguna con su acción y sin que, por lo tanto, la reacción adecuada a este enérgico sentimiento se traduzca en actos enérgicos (y esto es la esencia del arte de la asociación de canto), un hombre así se convierte en un hombre que, dicho en pocas palabras, será, con toda facilidad, un «buen ciudadano» en el sentido pasivo de la palabra. No es de extrañar, pues, que los monarcas tengan una predilección tan grande por tales actividades. «Donde se canta, establécete con toda confianza.» Allí faltan las grandes y fuertes pasiones y la actuación viva. Puede parecer paradójico y, tal vez, algo unilateral, lo reconozco, pero no pretende tampoco ser un reproche. Se podría dar acaso la tesis de que ésta es, precisamente, la riqueza del pueblo alemán: a saber, que es capaz de realizar esa separación, de crear sobre esta base una cultura artística privativa de él. Además, se puede decir

que todo tipo de cultura tiene su fundamento en la inserción de inhibiciones entre sensación y reacción. Pero voy a posponer completamente todo esto, pues la valoración de esta cuestión no nos incumbe. Tan sólo constataré que es posible que se dé una relación como la que he bosquejado, aunque no sé hasta qué punto, por lo que puede que haya exagerado.

En tales casos, y en otros semejantes, se trata esencialmente de la influencia inconsciente de los contenidos ideales de la actividad de la asociación en el *habitus*. Se dan, sin embargo, las tonalidades más diversas en el modo en que unas colectividades y otras, ya sean puramente de carácter técnico, ya persigan objetivos puramente profesionales, invaden el terreno de la influencia y reglamentación del modo de vida. También ésta puede ser constatada tras actitudes puramente práctico-profesionales donde, de por sí, no la sospecharíamos. Piensen ustedes que determinadas teorías en medicina o teorías psiquiátricas muy específicas se encuentran hoy, con gran evidencia, en vías de formación de sectas, como p. e. la cierta teoría de un famoso psiquiatra vienés, que ha llegado ya a tales extremos que cierra el paso y excluye rigurosamente de sus reuniones a quienes no pertenezcan a ella. El ideal del hombre «sin complejos» y la conducta de vida, por medio de la que se constituirá y mantendrá ese tipo de hombre, es el objetivo de la actividad de la secta. Las esferas más variadas de la vida son reglamentadas por esos ideales, cosa que nadie, ciertamente, podría inferir a partir solamente de la consideración de estas teorías como puramente psiquiátricas y destinadas a fines científicos, inferencia que, a la postre, no es muy difícil de hacer.

Algo semejante, desde luego, puede ocurrir también p. e. en el terreno de lo estético, en la formación de sectas artísticas. Aquellas sectas basadas en algún sentido artístico del mundo pertenecen, sociológicamente consideradas, a las más interesantes que pueda haber (por lo demás tienen, en sí mismas, un interés considerable). Todavía hoy día tienen sus encarnaciones de lo divino, del todo igual que una secta religiosa (mencionaría yo aquí la secta de Stefan George), y la impronta en la vida práctica, en la actitud interior para con la vida en su totalidad que dejaban marcada en sus adeptos podía ser de gran importancia. Exactamente lo mismo vemos en el campo de los etnólogos: el matrimonio siguiendo un árbol genealógico de nobleza puede ser sustituido por un matrimonio conforme a una genealogía higienista, y cualquiera sabe que una secta que tenga primordialmente este objetivo está formada por adeptos esotéricos y exotéricos (utilizo el término «secta» completamente de modo neutral, como siempre en el caso presente). El término está entre nosotros, aunque sin ninguna razón, tan peculiarmente desacreditado porque se asocia a él la idea de «intimidad». Ideales concretos y claramente delimitados no pueden cobrar vida de ningún otro modo que por vía, en principio, de la formación de una secta de adeptos entusiastas que ambicionan realizarse totalmente, y que por eso mismo se asocian entre sí y se aíslan de los demás.

Llegamos por fin, señores, y con esto quiero concluir, para no robarles tiempo, a dos cuestiones igualmente fundamentales (como en la investigación anterior sobre la prensa): ¿qué efectos tiene cada clase de asociación? Comenzando por los partidos, puesto que también éstos pueden ser máquinas, puras máquinas como los partidos americanos, o partidos supuestamente poseedores de una visión del mundo, como hoy en día el Partido Socialdemócrata, que cree honradamente ser uno de ellos a pesar de que ya desde hace mucho no lo es, o partidos realmente poseedores de una visión del mundo como todavía lo es hoy en gran medida el Partido del Centro, a pesar de que este elemento también se encuentra en él en vías de desaparición, y sabiendo que se dan los emparejamientos más variados entre la idea y el mecanismo. Así pues, como les decía, la pregunta era ¿cómo y con qué medios actúan esas visiones del mundo en esta doble dirección, a saber, en el carácter de cada individuo, en primer lugar, y en segundo, en el carácter de los bienes culturales objetivos, supraindividuales?

En cuanto al material con el que hay que realizar un estudio así, he de decir que es, en principio, árido y trivial, pero nada se puede llevar a cabo si no se empieza con un trabajo árido y elemental, que va a enterrar gran cantidad de dinero y absorber muchas energías. Por de pronto, merece la pena intentar sistemáticamente conseguir de las asociaciones información sobre las profesiones de sus miembros, sobre sus orígenes geográficos, étnicos y sociales. No excluyo, aunque tampoco doy por seguro que podamos formar con el paso del tiempo una especie de catastro de las clases más importantes de asociaciones, y que podamos de ese modo rastrear sus principios respectivos de selección, por lo general del todo inconscientes, claro está, y que tan sólo se pueden investigar a partir de un material más amplio y complejo. Paralelamente hemos de analizar, a continuación, los resortes de la influencia de la asociación hacia dentro, esto es, sobre sus miembros, y hacia el exterior, por medio de la contienda propagandística habitual. Y, finalmente, los contenidos mismos que se hayan propagado. Todo ello en una casuística nueva, sociológica: un esfuerzo de muchos años.

Puesto que he hablado ahora mismo de «selección», mencionaré a continuación el último campo de problemas que abordaremos: se trata del tema que el profesor Eulenburg de Lipsia nos propuso para su discusión y tratamiento sistemático, a saber, el tema de la selección de las profesiones dirigentes dentro de la sociedad moderna. De aquellas profesiones, se entiende, a las que se denomina «dirigentes» en el sentido habitual del término, ya que la sociología no puede partir de otra cosa que del sentido convencional: esto es, de los dirigentes económicos y políticos, de los dirigentes científicos, literarios, artísticos, del clero, del funcionariado, del profesorado, de los empresarios, etc. Y nos preguntaremos por el origen de esta gente: qué fue su padre y qué su abuelo; por su procedencia étnica; cuáles han sido los golpes de fortuna que dejaron tras de sí, es decir, de

qué modo y ascendiendo qué escalones han alcanzado sus puestos actuales, etcétera. En pocas palabras, cómo la selección, igualmente activa en todas partes, les ha situado precisamente a ellos en esa posición (lo que sólo podríamos averiguar, claro está, partiendo de una muestra suficiente); cuál es la procedencia étnica, profesional, social, material, etc., que ofrezca, en general, las mejores posibilidades para llegar, precisamente, a estas profesiones y posiciones? Una tarea que acaso sólo se pueda resolver, a su vez, por medio de investigaciones muy largas.

He intentado, señores, en la medida de lo posible y en el plazo de tiempo que se me había concedido, de una manera puramente ilustrativa y sirviéndome de ejemplos a discreción, de ponerles de manifiesto que hay cuestiones en el campo de problemas que estamos acometiendo cuya toma en consideración será científicamente productiva.

Pero ya ven ustedes que estas tareas concretas que he mencionado no son tales como para confiar en que para el próximo año pudiese estar ya listo un estudio brillante. La Sociedad habrá de tener paciencia, y el público también. Estos estudios requieren una entrega abnegada al objetivo, por supuesto delimitado en cada caso, y de tal magnitud que es infrecuente hoy día, pero con la que, sin embargo, esperamos contar en su momento y que se prodigue cada vez más. Tengo que añadir que esta dedicación exige, lamentablemente, recursos pecuniarios muy considerables. Señores, solamente a efectos de la encuesta periodística se estiman unos costos aproximados de 25.000 marcos para las tareas preliminares, de los que disponemos ahora de unos 20.000 a raíz de un acuerdo con la Academia de Ciencias de Heidelberg y con el Instituto de Bienestar Público de Francfort, y gracias, también, a donaciones privadas de dentro y fuera de nuestra Sociedad. Hay que esperar que el resto que todavía se precisa sea donado de alguna manera, en todo caso, por iniciativa privada, ya que no comenzaremos nuestro estudio, bajo ningún concepto, antes de asegurarnos de que, por lo menos, estén disponibles los recursos indispensables, y que, así lo esperamos, sean suficientes. Para las otras investigaciones no hay todavía fondos disponibles, con excepción de los recursos corrientes de la Sociedad, pero éstos no entran en consideración para tales estudios habida cuenta del número de socios, que no supera los 200, aproximadamente (que esperamos, desde luego, que aumente). Como digo, los recursos corrientes de la Sociedad no pueden, naturalmente, constituir la base para eso, y se aplican para los asuntos corrientes, al menos en cuantía predominante, y tienen que ayudar a soportar los costos de asambleas tales como la presente, y como las que convocaremos en un futuro, como se ha dicho, de forma esencialmente renovada y perfeccionada. Así pues, estamos necesitados de un mecenazgo como el que hasta ahora se ha dado sólo en un caso y de manera inusual para Alemania. Pues, señores, muy al contrario que en el extranjero, y no sólo en América, es extremadamente raro en Alemania que se puedan obtener fondos monetarios para finalidades exclusivamente

---

científicas. Aquí se pueden conseguir fondos para fines técnicos, como p. e. para fomento de la aviación o similares; para fines que estén relacionados con el querido cuerpo y su cura, esto es, para radioterapia y similares, si es que hay, al menos, una lejana expectativa de que de ahí salga algo de carácter terapéutico. También están disponibles crecientemente, lo cual es muy gratificante, para fines artísticos. Pero si en Alemania se da dinero para fines científicos, puede uno generalmente estar seguro de que éste irá a parar a instancias estatales de confianza por razones de todo tipo que no quiero discutir aquí más en detalle, que con frecuencia están, por cierto, subjetivamente justificadas, pero que, objetivamente, según mi opinión, no son siempre satisfactorias. Sin más que esto, sin dejar de reconocer el gran servicio que el estado nos presta en el terreno científico en comparación con otros países, no se hace nada por el progreso científico a largo plazo. Sólo hay una ciudad en la que se ejerza el mecenazgo científico en gran medida y sin intromisiones del estado de un modo comparable al de América: Francfort. Pero no podemos conformarnos con que Francfort conserve ese monopolio a largo plazo, sino que hemos de confiar —y de esto no depende sólo nuestra particular investigación, sino el progreso del trabajo científico en general— que los pocos nombres relumbrantes y archiconocidos del mecenazgo puramente científico alemán —es decir, de un mecenazgo que tenga paciencia para esperar que la ciencia, que trabaja para sí misma, sea también algún día «útil para la vida»—, hay que esperar, repito, que un mecenazgo tal se desarrolle en otras partes de Alemania en un grado superior al que lo venía haciendo, no sólo, como ya he dicho, para fomentar las tareas especiales de esta Sociedad, sino en interés del trabajo científico en general. (Un intenso aplauso.)

(Traducido por Javier RODRÍGUEZ MARTÍNEZ.)

---

# CRITICA DE LIBROS